



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 5

Los amantes

De nuevo estaban juntos y ninguno de los dos podía casi creerlo. Dayu Matsumura y Seiya Ryusaki habían luchado por su amor llegando a sacrificar incluso sus propias vidas y alterar el mismísimo paso del tiempo. Es por eso que se quedaron un buen rato en la azotea de la casa de Saito justo después del baile donde Azazel les había declarado la guerra.

Ahora estaban allí, era real, abrazados bajo la suave brisa nocturna. Dayu mantenía las alas visibles y rodeó con las mismas a su amante para darle algo de calor, formando una pared de una suave negrura que invitaba a ser acariciada. De hecho, Seiya se vio impulsado a hacerlo, acercó su mano y preguntó con su habitual timidez:

— ¿Puedo...?

— Seiya, no necesitas pedir permiso, por supuesto que puedes.

El ángel de la Oscuridad pudo sentirlo, aquel roce de la pequeña e inmaculada mano de Seiya sobre sus grandes plumas de un negro brillante.

— ¿Lo notas? —preguntó con voz dulce.

— Sí. Pero son aún más sensibles en la parte superior, aquí —dijo guiando su mano sobre el arco de las alas. Al acariciar ese punto, Dayu se estremeció.

— Algún día yo tendré las mías, ¿verdad?

— Así es... —Dayu le abrazó más fuerte— Tengo tanto que decirte... que ni siquiera sé por dónde empezar.

— Por favor, Dayu, no quiero que te sientas culpable ni que intentes justificar tus actos del pasado.

— Lo sé, pero tengo la necesidad de... al menos hablarlo maldita sea, Seiya necesito sentirme en paz contigo, ¿entiendes? Y realmente necesito saber si estás bien. Yo he estado también en el Inframundo, se cómo es aquello y no quiero ni imaginar por un instante lo que habrás pasado todos estos años. Sin lugar a dudas tu alma sigue siendo blanca, inocente y pura, porque saliste de allí sin rencor ni odio, no como lo hice yo.

— Pero me ha servido para darme más cuenta de todo lo que has sufrido, Dayu. No te guardo ningún tipo de rencor, a pesar de lo que dije antes de ser yo mismo. Siempre seremos puestos a prueba, pero yo sé quién eres realmente, sé que no quisiste convertirte en algo terrible que podría destruir el mundo, por eso te di aquella oportunidad, a ti, a Saito, a Noriko...

— Mierda, Seiya. Mírame.

Seiya levantó la cabeza despacio, en la voz de Dayu no hubo ningún titubeo.

— Siempre te he querido, ¿entiendes? Siempre. —Seiya reía a la vez que lloraba y se aferró de nuevo a él, apoyando la cabeza contra su pecho. — No importa lo que ocurra de ahora en adelante, no permitiré que nos hagan enfrentar de nuevo, no permitiré que te hagan daño, maldita sea... aunque mi vida dependa de ello. —terminó en un susurro, recordando todo lo que le había dicho Álex, sabiendo que de nuevo tendría que enfrentarse a un fatal destino.

No se lo contaría, al menos de momento, no aquella noche en la que ya habían pasado por mucho. No, era la hora de recuperar el tiempo que habían perdido. Mientras Seiya secaba sus lágrimas, Dayu le separó cogiéndole por los hombros.

— ¿En qué habitación te has instalado?

— No lo sé... subí aquí directamente para esperarte.

— Vamos —apremió Dayu.

Pasaron al interior y bajaron juntos la escalera, se encontraron con Saito en el pasillo.

— Saito, ¿puede Seiya quedarse en mi habitación?

Al oírlo, Seiya se puso detrás de Dayu, completamente avergonzado. Tras un incómodo silencio en el que Saito se pasó la mano por la barbilla, preguntó:

— No harás escándalo, ¿verdad?

— ¡Oh vamos! ¿Cuándo has visto que haga tanto escán...? —dejó la pregunta a medias y Saito enarcó una ceja, se cruzó de brazos. Le conocía perfectamente, sobre todo cómo era en la cama.

— No... No haremos ruido —se atrevió a decir Seiya, asomándose. Esto hizo que Saito resoplase.

— Ya me suponía algo así, por suerte mi habitación está en el otro extremo de la casa. Bien, os podéis quedar aquí, qué remedio... —terminó diciendo mientras se marchaba. Dayu dedicó una socarrona sonrisa a Seiya y pasaron al interior.

La habitación era como el resto de la casa, de un estilo elegante y sofisticado, lujoso se podría decir, nada que ver con cualquier ambiente gótico, pero al menos no había ventanas, cosa que Dayu agradecía pues no soportaba que entrase la luz del día. Tan solo había una cama, bastante grande de estilo europeo, un gran armario y mesitas de noche. La habitación daba paso a un cuarto de baño; había cuatro en total en aquella gran casa. El baño era blanco y lujoso, con una enorme bañera y plato de ducha. Todo estaba impecable y limpio, dispuesto con gran gusto. La fortuna de Kunimatsu Saito era evidente en cada detalle.

— Todo parece... muy confortable.

— ¿Sabes lo que me apetece ahora? —Preguntó Dayu mientras señalaba la bañera. — Un buen baño.

— Ah, bueno entonces te dejo para que...

Dayu puso la mano en el marco de la puerta para impedir que Seiya se marchase.

— Un baño, juntos.

Se miraron durante una eternidad hasta que Seiya, ruborizado, reaccionó. La verdad era que ambos lo necesitaban. Estaban muy magullados tras la pelea que había tenido lugar en el baile y nada mejor que un gran baño con agua caliente en aquella bañera que tenía el tamaño casi de una piscina.

Con una seducción que invitaba al pecado, Dayu se desnudó y se introdujo en la misma esperando a Seiya, el cual estaba tan nervioso como cuando fueron a los baños por primera vez. Pero la situación era ahora diferente, estaban juntos, en cuerpo y alma, como amantes. Dayu se percató de algo al ver ahora la espalda desnuda de Seiya.

— Tendré que hacértelo de nuevo. —ante esto Seiya se volvió, abriendo mucho sus ojos celestes— El tatuaje de tu espalda, tus alas —terminó diciendo Dayu divertido mientras Seiya asentía rápidamente con la cabeza, recordando que tras el salto hacia atrás en el tiempo, Seiya no tenía ahora ningún tatuaje.

— Vaya, tenemos tanto que recuperar...

— Y que lo digas. —una sonrisa cargada de malicia en los sensuales labios del ángel de la oscuridad, el cual admiraba ahora la blanquecina y brillante piel de Seiya. Este se introdujo en la bañera con las piernas temblorosas, frente a él.

No le quitaba el ojo de encima y aunque Seiya no le miraba directamente podía sentirlo. Dayu Matsumura no se limitaba a observarle sino que le devoraba con sus fríos y cristalinos ojos, tan increíblemente seductores que parecía algo irreal, un maldito sueño. Llenaba la estancia con su poder, su imponente presencia y arrogancia, sobrecogiéndolo al pequeño Seiya que ahora jugaba con el agua e intentaba taparse con la espuma.

— Date la vuelta.

Una orden directa, Seiya le miró sorprendido. Tras unos intensos segundos Dayu mostró una esponja en su mano derecha.

— Quiero frotarte la espalda.

Ante esto, Seiya respiró aliviado, realmente estaba nervioso y no sabía cómo actuar, pero no necesitaba hacerlo debido a sus encantos. Dayu pudo comprobar que era el mismo de siempre: inocente, tímido, adorable. Con un poco de torpeza, Seiya se dio la vuelta y enseguida sintió aquellas manos grandes sobre su piel.

— ¿Y la esponja?

— No me hace falta —susurró en su oído mientras le acariciaba la espalda, tal y como antaño lo había hecho Seiya con él. — Te haré el tatuaje en el mismo sitio —sus manos bajaron hasta el final de su espalda y terminaron en las caderas. Seiya se estremeció y tragó saliva. Su amante era una fuente de inagotable sensualidad.

— Tú... has conservado tus tatuajes —intentó decir. Entonces Dayu puso su brazo delante para que lo viese.

— Fíjate bien, no son solo simples tatuajes Seiya, estoy marcado por las llamas del Olvido.

Tenía razón, Seiya pudo comprobarlo mientras paseaba sus finos dedos por el contorno de las llamas oscuras. Estaban marcados por una delgada línea.

— El demonio Alastor me habló una vez de esa prueba, si logras mantener a raya tus emociones, puedes superarla.

— Por culpa del odio que sentía, la superé.

— No —dijo Seiya con rotundidad mientras se giraba un poco, lo que sorprendió a Dayu —La superaste... por tu lazo de sangre con él. Él es quien te envenena... quien te utiliza como su brazo para intentar dominar el mundo.

— Pues... no está teniendo ningún éxito —dicho esto, se acercó e hizo que Seiya se girase para darle un cálido beso. A continuación le atrajo más hacia si para que se recostase sobre él, pero de inmediato Seiya dio un leve respingo. Un escalofrío le recorrió la columna al sentir aquella virilidad en un estado latente de erección. Dayu Matsumura sonrió.

— ¿De qué te sorprendes? —Recorrió el torso de Seiya con sus manos y se detuvo en su abdomen— Tú también estás excitado.

Era cierto, aunque no podía verlo, Dayu lo sabía gracias a su poder y era algo que resultaba evidente. Totalmente avergonzado, Seiya no pudo negarlo. Había pasado demasiado tiempo, una infinidad desde la primera y única vez, en la fábrica, desde que Dayu se entregó a la inocencia, a la pureza de su ángel de luz, poniendo a salvo el mundo humano.

— Y lo mejor de todo es que técnicamente... aún sigues siendo virgen. —terminó en un susurro y comenzó a besar su cuello.

Seiya vibraba con cada caricia, con cada beso, no importaba el lugar, pero Dayu iba despacio, terriblemente despacio. Lo hacía a propósito con un único fin, Dayu quería oírle, quería que aquellos labios suplicasen. Y no se equivocaba.

— Dayu... por favor, acaríciame...

Ahora era suyo, completamente.

Bajo el agua y la capa de espuma, Dayu acarició el muslo interior de su amante en un recorrido ascendente, apesó el pequeño miembro y lo acarició despacio, con suaves movimientos. Seiya se encogió y dejó escapar un leve gemido que sonó a gloria en oídos del ángel de la oscuridad. Mientras tanto, con la otra mano comenzó a pellizcar y acariciar uno de sus rosados pezones. Aquello era una tortura, una lenta y placentera tortura. Seiya cerró los ojos, mordiéndose el labio inferior, encogiendo sus pequeños pies bajo el agua que ahora parecía bullir. Aquel intenso placer no solo lo provocaban aquellas caricias prohibidas; las palabras de Dayu, graves pero suaves, retumbaban haciendo eco sobre los oídos de su amante.

— Mi niño... no te contengas.

— Pe... Pero... ¿aquí?

— Sí —se acercó más a su oído— Así luego tardarás más.

— ¿Ah? —un gemido prolongado, Dayu intensificó las caricias, por lo que Seiya no pudo contradecir, se revolvió en la bañera, indefenso. Pero realmente no aguantaba más, era demasiado, y por si no tenía bastante, Dayu comenzó a moverse debajo, levantando las caderas para que el chico notase su erección entre las suaves nalgas.

— Dayu... no, no hagas eso... —aunque el ángel de la oscuridad sabía perfectamente que deseaba lo contrario.

A los pocos minutos, el estallido de placer fue inminente y el pequeño cuerpo de Seiya se convulsionó en los brazos de su ángel a la vez que jadeaba. Se besaron de nuevo.

Al salir de la bañera, ambos se envolvieron en sendas toallas, pero Dayu Matsumura no daba tregua, tomó en brazos a su amante tras ayudarlo a secarse y le llevó hasta la cama sin decir ni pío.

Le tomó con verdadera ansiedad, suave y salvaje al mismo tiempo. Había esperado toda una vida de nuevo para poder llegar a este instante en el que podría demostrarle su amor de la mejor forma que sabía. Dayu era el mejor en la cama, todo lo que cualquier hombre o mujer desearía. Su belleza andrógina, su poder y sus movimientos era la conjugación perfecta que arrastraba a Seiya hacia un límite de placer imposible para un ser humano. Ahora el inocente ángel de luz observaba aquella lujuria moviéndose sobre él, dándole todo. Las llamas negras del torso de Dayu se agitaban con cada movimiento, con cada embestida, como un fuego

que crepitaba incesante sobre un manto de luz blanca. Era sublime, hermoso, el bien y el mal juntos en un solo cuerpo. En el último instante Dayu se agachó un poco, su pelo suave y rojizo caía grácilmente a ambos lados, formando unas cortinas que les daban aún más intimidad.

— Dayu... —ojos suplicantes, llenos de inocencia y placer.

— Llámame... por mi nombre.

Seiya sabía a lo que se refería. Dayu no podía olvidar la primera vez que lo hicieron, en la fábrica, donde Seiya le llamó por segunda vez por su nombre humano. Tras un interminable silencio en el que Dayu le elevó por las caderas, Seiya se aferró a su espalda y cerró los ojos.

— A... Alejandro...

Un código de acceso que dio lugar a un brutal orgasmo. Dayu levantó a Seiya con extraordinaria fuerza, sosteniéndole un instante para continuar otro tanto con suaves embestidas, haciéndole gritar y gemir como nunca lo había hecho.

Mientras tanto, en la sala de estar aún se encontraban Noriko y Saito. Este último leía con interés un periódico pero al oír los gemidos (o más bien gritos) procedentes del dormitorio no pudo evitar dar un chasquido con la lengua.

— Menos mal que no iban a hacer ruido. —no pudo evitar decir. Se ocultaba tras el periódico, pero no sonó molesto.

— ¿Estás celoso? —inquirió Noriko. Esto hizo que Saito dejase el periódico sobre la mesa y se relajase sobre el caro sofá tapizado en rojo. Se encendió un cigarrillo antes de responder y la observó. Cuando Noriko fijó su vista en aquellos hermosos ojos glaciales casi se arrepintió de haber formulado la pregunta.

— No. —una pausa en la que expulsó el humo— Tengo todo cuanto deseo.

Ahora Noriko enarcó una ceja y se colocó delante de él, Saito se vio obligado a contemplar a aquella mujer que parecía una hermosa muñeca sacada de un cuento gótico. Noriko se acercó inclinándose, dejando que el yakuza viese su generoso escote.

— Aún no lo tienes todo. Buenas noches, Kunimatsu Saito.

Dicho esto se marchó dando media vuelta hacia su habitación. Saito sonrió sin poder evitarlo.

— Joder, es buena...